

LA NOVELA GALANTE

Aventuras de amor y perversión de

CLARA MATEI

(DECIMO EPISODIO)

Bajo el Sol de Etiopia

EXTRAORDINARIO - 20 CENTS.

AÑO I — NÚM. 25

1
231185

1
231185

47 | 1491198



E. W. Corbin

CLARA MATEI

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Episodio Décimo

Bajo el Sol de Etiopía

La belleza de Clara Matei se había estilizado con todas las atenciones que para el cuidado del cuerpo se usan en el harén.

En un departamento especial, rodeada de esclavas negras y teniendo a su servicio tres eunucos, repartía sus horas entre el baño, las abluciones y el tocador. Allí aprendió

R. 3200497

Clara la ciencia exquisita de los perfumes; toda su voluptuosidad y su mágico poder de excitación.

En el centro del patio, una fuente maravillosa desgranaba sus collares de agua y la primer estrella de la tarde, solía ver a Clara junto a la fuente, recostada entre almohadones de seda y a su lado una esclava que movía lentamente un gran abanico. Los pavos reales abrían la maravilla de sus colas esmaltadas con los colores del iris. Las antiguas favoritas pasaban junto a ella, teniendo una dulce sonrisa de saludo para la extranjera cuya lengua no entendían.

Eran aquellas mujeres como delicadas flores de invernadero, de aire sumiso y mirar dulce y recatado. De haberlas entendido, su existencia hubiera sido más agradable en el harén, pero llegó a aburrirse de pasar tantas horas vacías, entregada a la preparación de sus noches de lujuria.

Pero, si bien su existencia había entrado en aquel quietismo, su imaginación no se daba punto de reposo.

Las primeras horas de la noche, las distraía con los amores del Bajá. Había obtenido permiso del Sultán para pasear por las tardes, disimulada por las sombras, por los jardines de las márgenes del Bósforo; sin sospechar que allí, emboscado en las sombras, la esperaba su rival, que le robaba sus más dulces caricias.

Cada día la exhortaba el Bajá a que abandonara el harén y fuese a vivir con él a su palacio; allí sería su sultana, su reina, su vida toda; ofrecíale su tesoro y ponía a sus órdenes todos sus vasallos.

Clara hacíale ver el peligro de sus amores; el Sultán estaba demasiado apasionado para tolerar que ninguno de sus súbditos, así fuera tan noble como él, le hurtara el objeto de su amor.

El Bajá, entonces, redoblaba sus caricias y, despreciando el peligro, en holocausto de su amor, le ofrecía su vida. Sus ojos tenían un fulgor siniestro en la noche, y Clara se estremecía con la voluptuosidad del placer y de la sangre...

—¿Y si una tarde no acudiera a su cita?—pensó ella. Y se quedó voluptuosamente tendida sobre los almohadones de seda, pensando en las angustias del Bajá que debía rondar el harén con la desesperada fiebre de su pasión.

De súbito, llegó hasta ella uno de los negros que custodiaban la entrada, en cuyos ojos de siervo se reflejaba un miedo terrible. Por señas, le hizo entender que lo siguiese; Clara, presintiendo lo ocurrido, ordenó que se apartaran de ella las esclavas y lo siguió.

En la antecámara del Sultán la esperaba el Bajá que, amenazando con la muerte a los que impedían la entrada de todo hombre en aquellos recintos, consiguió entrar.

—¡Es menos cruel la muerte que el no verte!—le dijo el Bajá, estrechándola entre sus brazos.

—¡Vete, vete! El Sultán sospecha. Esta tarde no he acudido a la cita porque ha ordenado a uno de sus más fieles servidores que me vigile.

—¿Apartarme de ti, ahora? Por ti he arrostrado todo peligro. Por ti desafío a la muerte. Pídeme el corazón y he de abrirme el pecho para entregártelo; todo, menos separarme ahora de ti...

Aquel ardor del Bajá transportaba a Clara a los más dulces éxtasis. Por los calados ajimeces entraba la postrer claridad del día, que envolvía aquella habitación en una sombra voluptuosa. Un cantar de pájaros cercanos se confundía con el tañido de unas flautas. Un gran cortinaje, medio descorrido, mostraba el lecho del Sultán, en toda su espléndida belleza de sedas recamadas de púrpuras y oros. Y junto al lecho, el pebetero que arde eternamente, esparciendo en el aire su perfume.

Clara tenía en sus labios una sustancia sacada de una flor de la India, que daba a sus besos un sabor diabólico.

El Bajá se olvidó de todo por su amor, y cogiéndola en sus brazos llevó la preciosa carga hasta el tálamo imperial. Era la primera vez que podía poseerla enteramente, sin ningún obstáculo, con toda comodidad, con aquel sentido religioso que de la lujuria tienen los orientales y que les ha hecho escribir en su libro sagrado (Sura II, vers. 23):

«Las mujeres son vuestro campo; usad de vuestro campo como queráis, es decir: usad de vuestras mujeres como os plazca: de pie, echados, sobre la espalda o sobre el vientre.»

Pero siempre en el placer, la mujer ocupa un lugar se-



Y con un certero golpe de su fino acero, cumplió la sentencia.

cundario. Clara Matei, que tenía conocimiento de esto, quiso probar su superioridad, cuando el Bajá, ya rendido, se debatía como un vencido.

Un soldado de la guardia imperial, alto y fuerte, se presentó en aquel momento en la sala, haciendo brillar el alfanje desnudo en su diestra. Ante el cuadro que se ofrecía a su vista, dijo con voz ronca, esta vulgar sentencia musulmana:

—¡Maldito sea el que hace de sí mismo la tierra y de la mujer el cielo!

Los amantes saltaron del lecho horrorizados ante la realidad de la muerte. Apenas repuesto, el Bajá interpeló al intruso:

—¿Qué buscas aquí, esclavo?

—Vuestra vida, por orden del Sultán.

Y con un certero golpe de su fino acero, cumplió la sentencia. Separada casi la cabeza del tronco, fué a caer el Bajá sobre el diván desde el cual se deleitaban con las fiestas el Gran Visir y Clara. Su sangre, ponía una mancha de terciopelo rojo-oscuro entre las sedas de mil colores.

Clara Matei permanecía rígida, sin color, con los ojos muy abiertos, fijos en la preciosa ágata que lucía en uno de sus crispados dedos su desdichado amante: la leyenda fatal acababa de cumplirse.

*
* *

Aquella noche permaneció Clara encerrada en su aposento, sorda a las súplicas del Sultán. ¡Oh, si hubiese sido él quien le diera muerte al Bajá!...

Al día siguiente se embarcaba en un paquete francés, para Egipto.

Al desembarcar en el Cairo le parece a Clara Matei que se desvanece un ensueño de Las mil y una noches. A primera vista le parece que está en una ciudad europea, con policemans ingleses. El comisionista del hotel le habla en

francés, la gente viste como en París y el letrero del coche que la conduce dice: «Hotel de Londres».

El Cairo, tiene menos aspecto de ciudad oriental que Constantinopla. Las esbeltas cúpulas de sus mezquitas se pierden entre los modernos edificios y los mil anuncios franceses, ingleses y alemanes. Tiene la ciudad el aspecto de una extraña Babel.

Clara Matei es curiosa, sabe viajar, y lentamente, recorriendo todos los barrios, encuentra aquello que de típico y legendario le ofrece cada ciudad. Por eso, deja despreciativamente el *Baedecker* sobre la mesa del hotel y al caer de la tarde, cuando este sol abrasador de Africa ya no calcina con la potencia de sus rayos, sale por la gran avenida, huye de los populosos barrios europeos, con sus enormes edificios de la Caja de la Deuda y el Crédito Lionés y el Tribunal Mixto y las cervecerías alemanas y las Agencias americanas.

Clara Matei sabe ir despacio, como esta gente árabe, que parece absorta en un lejano ensueño. Sabe todo el bienestar de los interiores de los cafés árabes, donde pasa largas horas, fumando su pipa de opio, en tanto, al son de una música dulce y melancólica, baila en un tabladillo una mujer de formas armoniosas, o canta añorantes canciones con una voz toda melodía, esa voz de las cairotas, famosa en todo el Oriente, sobre la cual ha dicho Fazil-Bey:

«Ese timbre admirable es un don particular de las gentes de Egipto. Que una dama diga una sola vez: «¡Ah, Leilá!», y los pájaros que vuelan bajarán a posarse en su pecho.»

Hoy viste Clara un sencillo y elegante traje de seda cruda, que le da a su figura mayor agilidad, sin quitarle por eso nada de su suprema gracia. Va de excursión.

Se ha hecho conducir hasta el Mokatam, la enorme roca, desde cuyo parapeto, construído por Mehemet Alí, se descubre toda la belleza de aquella antigua ciudad de califas y mamelucos, a los últimos fulgores del sol vesperal.

Fué un espectáculo espléndido, a la luz violeta del atardecer. A un lado, el Nilo, con sus aguas color de piel de león; a otro, la arenosa llanura, donde se prolonga la ciudad, con sus casitas, al parecer todas iguales, modestas y

cuadradas. Y en el centro de la ciudad, fueron sus ojos descubriendo la maravilla de torres y almenas.

Entró a un viejo palacio abandonado, casi en ruinas. A Clara le admiraba la condición de los árabes, que parecen tener cierto religioso respeto hacia la labor del tiempo y abandonan sus viviendas, sin restaurarlas.



Sabe el bienestar de los interiores de los cafés árabes...

Llegó hasta un alto mirador. Las hiedras se pegaban a los muros; y las enredaderas, que en otro tiempo debían formar dibujos simétricos, crecían libremente, extendiendo sus ramas en confuso desorden. Junto a las plantas, cuyas flores aromaban el aire, crecían hierbas y se mezclaban las brozas.

En un banco de mármol, cuya blancura estaba maculada por el tiempo, se sentó Clara. Aquel banco, donde en mu-

chas tardes como esa, en lejanos años, debió respirar una sultana y acaso en esta misma hora entornaría sus ojos ante una caricia de amor.

Clara Matei permaneció allí largo rato, absorta en sus recuerdos, en tanto su mirada distraída, iba descubriendo, en la gran extensión de la ciudad, la multitud de torres que el poeta árabe llama dedos de Dios. La ciudad europea iba desapareciendo de su vista, que sólo recogía cuanto encontraba de legendario.

En un instante, sintió ruidos dentro del castillo y, despertánose de sus ensoñaciones, volvió sus ojos hacia el interior, descubriendo un cuadro que vino a completar sus visiones. Estos palacios abandonados son refugio de gente nómada y miserable; en una de aquellas habitaciones se había albergado una tribu. A los últimos reflejos del sol, Clara pudo ver, en las tinieblas de la gran sala desmantelada, un abigarramiento de colores chillones y carnes morenas. En el grupo, había una mujer que, con los senos fuera, amamantaba a un niño. Tenía cierta belleza, ajada por trabajos y miserias, y las carnes flácidas. Separó al niño de su seno y lo apartó de su lado, y ella quedó sentada en el suelo, un poco echada hacia atrás, con los senos fuera. Un beduino, la contemplaba fijamente, sentado a cierta distancia. Poco a poco, se fué acercando, hasta quedar junto a ella. Los demás del grupo, ocupados en preparar su comida, o tumbados fumando, no hacían caso a esta escena.

El árabe, con la misma lentitud que lo hacen todo estas gentes, levantó sus manos hasta los senos de la mujer y cogió entre sus dedos los pezones. Ella se echó más hacia atrás, cerró los párpados y abrió sus piernas, palpitantes...

Clara se deslizó por otra estancia, sin hacer ruido, sin ser vista.

Al volver de su excursión, se encontró Clara con que la ciudad se transformaba mágicamente a sus ojos. Las tiendas iluminadas, las terrazas de los cafés, y sobre todo, la presencia de las mujeres en las calles, con su característico tipo y sus trajes de colores, le daba la sensación de una ciudad de Oriente.

Sobre todo, la presencia de las mujeres, acurrucadas en

las puertas, en las esquinas, por todas partes, fumando tranquilamente, charlando, con gran pasividad, la encantó. Y una jovencita que pasó junto a ella la hizo pensar en las palabras de Fazil Bey, cuando celebra las actitudes amorosas de las mujeres de Egipto:

«La manera de andar de las mujeres de Egipto, es un don de Satán. Las prostitutas se tienden sobre la calle a derecha e izquierda. ¡Cuánta lascivia! ¡Qué modos más incitantes! ¡Qué deseo de copulación! Se las puede tener por un *poul* (la moneda más pequeña).

En su paseo, la egipciaca cautiva a uno o dos valientes soldados de amor. En seguida se pone a danzar a la manera árabe. Se sienta, uno después de otro, en sus rodillas. Tiene el aire de una venus y las rodillas de sus amantes son las constelaciones de su zodíaco. Ella es la prostituta del mundo.»

¿Hasta dónde podían ser verdad las palabras del poeta? Clara no podía apreciarlo; pero lo que sí veía en aquellas figuras era una sensualidad embriagadora, que poco a poco la iba invadiendo.

Sentía una sensación de bienestar, de dulce molicie, a lo que acaso contribuía el encanto de la hora: las últimas oraciones de los voceros de Alá se difunden desde lo alto de las mezquitas, por todo el ambiente. La brisa del Nilo, muy suave, hace ondear levemente los estandartes de los almuédanos y el aire se llena de las voces cantarinas de los vendedores ambulantes, que todo lo ofrecen cantando.

Clara Matei había seguido inconscientemente a aquella pequeña que contaría unos doce años; con una túnica se ceñía su cuerpo, cuyo ritmo le hizo nacer mil pensamientos voluptuosos.

Al cruzar uno de esos grandes bazares que son típicos en Besora, Damasco y Egipto, con sus mercaderes indiferentes y rapaces, se tropezó con ella, que regateaba una ajorca para su linda pierna. Clara se detuvo ante ella con admiración; era un perfecto tipo legendario, de color bronceado y formas suaves y nerviosas. Parecía verdaderamente, una oficiante de los ritos de Osiris. Sus grandes ojos de un azul muy oscuro,

miraban con codicia una ajorca de plata, que sin duda nunca podría hacer brillar en sus deliciosos tobillos.

Clara se detuvo junto a ella. Aquel mercader prostituído por la invasión extranjera, le hizo una reverencia y comenzó a ofrecerle sus artículos, extendiendo ante sus ojos ricas sedas, enseñándole perfumes y joyas. Dejó la chiquilla egipcia que estaba atónita, mirando a la bella extranjera y al amontonamiento de artículos de lujo.

En un momento, dejó Clara de escuchar las palabras untuosas del mercader para dirigirse a la chiquilla :

—¿ Te gusta esa ajorca, verdad ?

—Sí ; pero pide por ella demasiado dinero. No podré comprarla.

—¿ Es esa la que más te gusta ?

—Entre las que yo puedo comprar, sí. Pero gustarme, la que más me gusta es otra. Esa...

Y, tímidamente, señaló una preciosa ajorca de oro, donde lucía una esmeralda.

—Puedes cogerla. Será para tí.

El mercader no salía de su asombro. La pequeña radiante de alegría se abrazó al cuello de Clara y la besó trémula de emoción.

La chiquilla levantó su túnica, dejando en parte, al descubierto, una pierna recta y perfecta, pierna maravillosa, de nervios distendidos y de una leve palpitación nerviosa.

El mercader pidió por la joya trescientos francos. La pequeña cairota se asustó ante aquella suma, para ella fabulosa. También a Clara le pareció excesivo lo que pedía el mercader.

Pero ya tenía noticias de que en materia de precios no había que asustarse en aquellos bazares, y empezaron las rebajas con ese procedimiento ladino y exagerado que para valorar su mercancía gastan los árabes. La llevó en cien francos.

En realidad, aquella bella chiquilla se merecía el regalo.

Cuando iban a retirarse, atravesaban el *suk* dos camellos que ocupaban casi todo el espacio ; dos lentos camellos cargados quién sabe con qué mercancía fabulosa.

Las dos mujeres tuvieron que refugiarse en la tiende-



Puedes cogerla. Será para tí...

cilla ; la cairota, cuyo gozo no tenía límites, estrechaba contra su pecho a Clara y le sonreía con la más agradable de las sonrisas.

Clara la contemplaba como a una preciosa muñeca de carne y hueso, pues su figura correspondía admirablemente a la suntuosidad, a la dulce sensualidad de cuanto las rodeaba.

Fué con ella hasta el hotel :

—¿ Quisieras quedarte conmigo? Le dijo.

—¡ Oh, sí !—Pero no puedo ; he de avisar a mi padre.

—Pues aquí tienes mi tarjeta y no te olvides de volver mañana.

La cairota la besó en los labios, con los suyos húmedos y sensuales y una vez que se hubo despedido, echó a andar, ligera y gozosa, con aquel andar rítmico y sugestivo, que hizo pensar al poeta que era un don de Satán.

*
* *

La presencia de Clara Matei en el comedor del hotel inglés despertó grandes admiraciones. Un Yanki multimillonario que había conocido en la travesía se acercó a saludarla y le ofreció su compañía que ella aceptó.

A Clara Matei no le gustaba estar sola y como es natural, prefiere la compañía de los hombres que siempre le resultan más intresantes que las de su sexo. Además, todos los hombres queman el incienso de la cortesía ante su belleza. ¡ Y esto es tan agradable !

Este norteamericano es un hombre estupendo que anda metido en no sé qué empresas fantásticas para la explotación de artículos orientales ; un verdadero gentleman sabe tratar a las mujeres con delicadeza y distanciamiento, como un artículo de lujo. Este respeto le da una gran simpatía.

Acabando de comer, han decidido hacer una excursión nocturna por los barrios típicos de la ciudad.

Clara Matei está deseosa de grandes emociones para matar el recuerdo de aquellas noches maravillosas de Constantinopla, que se le presentan obsesionantes, y le llenan de inquietud. ¡ Noches inolvidables del harén ! ¡ Tardes de los jardines encantados, en las márgenes azules del Bósforo ! ¡ Embriaguez de perfumes ! ¡ Sueños de lujurias ! Cómo atormentáis al pájaro azul que nuestra heroína lleva en la jaula adorable de su linda cabeza...

Caminaron por las viejas calles de la ciudad, donde se conservan restos del antiguo esplendor, donde hay callejas laberínticas, sombrías y fangosas. De vez en cuando, el resplandor de las lámparas de petróleo de un café, donde indolentes fumadores dejaban pasar sus horas abismados en quién sabe que extraños pensamientos. En otras partes, un narrador de leyendas distraía a una multitud con su palabra armoniosa.

Sentados en la terraza de un café, contemplaban a lo lejos la márgen occidental del Nilo y en el azul violento del cielo, donde las estrellas brillaban con extraordinaria nitidez se destacaba la silueta de los montes de Libia. Y a lo lejos se extendía, como otro cielo más oscuro, profundo y trágico, el vasto arenal, la llanura interminable del desierto, sobre la cual se elevaba solo y austero, en su grandeza de granito, un templo medio derruído, que sugería la grandeza de su culto extinguido.

—Es angustioso este país—decía el yanqui, añorando acaso su New-York ciclópea, de inverosímil agitación.

Clara no le respondió, absorta en la música de una flauta que llegaba del interior del café.

—¿ Vamos adentro?

—Yo hago lo que usted quiera. Todo esto me distrae.

Y entraron en el *soukh*. Era una sala grande y un poco sombría, donde el espectáculo de las gentes de diversos países era como un muestrario ; allí había árabes, judíos, turcos, armenios, griegos, europeos... Unos tomaban café con éter, otros fumaban sus grandes pipas de opio.

Al fondo de la sala, en una tarima a manera de tablado, un encantador de serpientes distraía a la concurrencia y a su lado, una adolescente, sentada sobre sus rodillas, en actitud de ídolo, tocaba en su flauta una canción monótona y melancólica, de acentos conmovedores.

En una enorme redoma de cristal, al lado del domador, se movían las culebras de piel irisada, con matices de extrañas joyas, alzaban la cabeza, sacando la punta roja de su lenguecilla punzadora.

Un perfume mareador, se elevaba de un braserillo de cobre, colocado en la tarima, a alguna distancia. Había algo de malsano, repugnante y sugestivo en aquel espectáculo.

Las serpientes se enroscaban al cuerpo del domador, envolvian sus brazos con voluptuosos movimientos ; había un momento en que todo su cuerpo estaba cubierto por las anillas y más arriba de su cabeza, juntaban las suyas los anfibios, formando como un haz de flores exóticas.

La muchacha que tañía la flauta, permanecía inmóvil, tentadora como virgen impúber, con sus ojos de un azul oscuro, más oscuros en la noche, fijos en el espacio.

Clara, se la quedó mirando fijamente. Su imágen estaba bien grabada en su retina ; era la graciosa chiquilla que se había encontrado por la tarde. Y, para confirmarlo, allí estaba la ajorca de oro, prendida de su tobillo, la que parecía ostentar orgullosamente.

Aunque conocía aquel espectáculo por haberlo visto en el circo de París, le produjo una emoción extraordinaria. En aquel ambiente, algo mareada por los vapores del éter y el humo del opio, ante los espectadores indiferentes era otra cosa.

El domador, guardó las serpientes en la redoma ;algunas monedas cayeron en el tablado. Clara ordenó al que los servía que los llamara. Y de allí a poco, se arrodilló a sus pies la pequeña cairota y le besó la mano. Presentó al domador, como su padre : Era un hombre seco de barba pequeña y negros ojos de aguilucho, de un poder fascinador.

Clara les preguntó por la vida ; eran nómadas y vivían en la villa de Kiné, a corta distancia del Cairo.

El Yanki, muy extrañado del proceder de su compañera, asentía a todo, como si nada hubiese tan respetable como la voluntad de la mujer y acaso también porque sus originalidades lo distraían.

Salieron todos juntos del *Soukh*. La luna llena se elevaba por el horizonte,iluminando el desierto de arena como si

fuese un mar y poniendo una estela argentada sobre las aguas sucias del Nilo.

El caminar de noche, por los paisajes hermoseados de luna, era una de las cosas favoritas de Clara.

Llegaron a un villorrio a orillas del Nilo. Mientras el Yanki hablaba con el domador de serpientes, interrogándole largamente sobre las tierras de Africa y sus producciones, Clara Matei se alejó con la pequeña Cairota hasta un bosquecillo de palmeras, entre cuyas hojas susurraba levemente la brisa del río.

El paisaje desolado, las bocanadas de fuego, que parecían llegar desde el fondo del desierto, la melancolía de la hora idealizada por la luna, todo cuanto la rodeaba, contribuía a que se levantara en su alma la tempestad de las locas pasiones, en la que fulguraban como relámpagos, los recuerdos.

La pequeña amiga se estrechaba a su cuerpo y fijaba en los de ella sus grandes ojos. Su nariz afilada y de anchas aletas, palpitaban con grande voluptuosidad. Apretándola levemente la cintura, le mostraba su mudo afecto y en su gesto se veía la veneración.

—Qué quieres pequeña ?

—Nada... Le repitió la Cairota tímidamente.

—¿ Te gusta estar a mi lado ?

—¡ Mucho ! No sabéis que alegría más grande...

—¿ Querrías vivir conmigo ?

—No me separaría nunca de vuestro lado.

—¡ Quiéreme !—le dijo Clara bruscamente, cogiéndole entre sus manos la cabeza y besándola en sus anchos labios sensuales, con un beso húmedo y largo. Las pupilas de la cairota se contrajeron lánguidas y todo su cuerpo se estremeció.

Fué el beso ardiente, iniciador de los grandes placeres, que como un fuego se entra en la sangre por los poros de los labios ; el beso que estremece y que desmaya, porque se siente hasta en el más recóndito de los nervios y hace palpitar de deseos.

—¿ No sabes tú lo que es amor ?

—Yo no sé de otros besos que los de mi padre, ningún otro hombre ha tocado mi cuerpo ni lo ha visto desnudo.



Clara Matei se alejó con la pequeña Cairota hasta un bosquecillo de palmeras...

Solo sé del amor que debe ser muy dulce y cuando alguna vez ha venido a visitarme en sueños, sus caricias me producian la misma embriaguez que vuestro beso.

—¿Y no has reparado si tu sueño era un hombre o una mujer?

—No sabría decirlo.

—¿Quieres que esta noche sea yo tu sueño?

—¡Oh, qué placer!

—Te enseñaré lo que es amor...

Y Clara, contemplaba a la vírgen cairota como a una imágen resucitada de los viejos templos de culto extinguido. Una vírgen que le traía, en sus dulces ojos, una promesa de dicha y en sus dulces labios carnales las más ricas mieles...

Habían llegado a la casa de los indígenas:

—No quiero ir esta noche al hotel. Me quedaré aquí.

—¡Ah! Pero yo no puedo quedarme—le dijo el yanki.—Clara Matei respeto su fantasía, pero confiese que es poco divertido volver solo a la ciudad.

—La mejor de la vida son los sueños. No queráis que vuelva tan pronto a la realidad.

El domador, con el interés de la recompensa, se ofreció a acompañarlo y para hacerle más agradable el viaje, fué a buscar un camello a un puesto cercano y emprendieron el camino de vuelta, hacia la fachada vulgar que Europa ha puesto en el viejo y artístico santuario de aquella raza

*
* *

El dormitorio de la pequeña cairota era una especie de tienda, construída con tapices; la cama, baja y larga, a un costado. A la luz de la lámpara, los diferentes colores de los tapices se fundian en una tonalidad de rojo oscuro.

Clara desabrochó la túnica de la indígena y la contempló sobre el lecho, desnuda, como una venus de ébano.

—Eres morena y esbelta, como los cedros del Libano... Le dijo, recordando el Cantor de Cantares, mientras pasaba



Abrazó a Clara Matei...

sus manos acariciadoras sobre las rectas y vibrantes piernas. Después, cogió entre sus manos los senos, pequeños y macizos, erectos, un poco doblados hacia arriba; entre dos dedos apretó los pezones. El cuerpo de la virgen se agitó convulso y rechinaron sus dientes; abrazó a Clara Matei y estrechándola contra su pecho, en un beso absorvente la mordió en los labios.

Luego, instintivamente, con ese instinto que hace a veces de los díscipulos de amor, maestros, la cairota desvistió a Clara. Sus cuerpos se unieron como dos brasas. Al sentir los besos de Clara en el cuello, la vírgen, con sus piernas de acero, acostumbradas a cruzar el desierto, envolvió el cuerpo de Clara y recordando las danzas árabes, meció su cuerpo para calmar aquel ardor que le abrasaba las entrañas por vez primera, que la hacía retorcer de placer y dar gritos salvajes...

*
* *

Cuando llegó el beduino, se asomó al aposento de su hija y vió los dos cuerpos abrazados, laxos, rendidos; los rostros dormidos, con una sonrisa de placer inefable y gesto de cansancio.

Al contemplar la escena un grito de rabia, sordo, se escapó de sus labios sinuosos. ¡Quién sabe qué incestuosa pasión alimentaba en su pecho.

Tuvo la tentación de echarse sobre el grupo en actitud extranguladora, pero se contuvo. Cautelosamente trajo de su aposento, en un platillo de cobre, una brasa en la que quemó una esencia narcótica y dejándola junto al lecho, se retiró. Al poco rato, cuando el narcótico ya había surtido sus efectos, volvió a entrar, separó los dos cuerpos con extraña desesperación y sacó a su hija, profundamente dormida en brazos. Puso en su lugar, la redoma de las vívoras, abierta y, con una risa siniestra, se marchó.

El efecto del narcótico era muy fugaz y al poco tiempo,

cuando Clara despertó, con la sensación de un vacío enorme en su cerebro, creyó enloquecer ante la visión que se ofrecía a sus ojos y el frío roce de las serpientes, al deslizarse por su cuerpo. Con los ojos fuera de las órbitas, permaneció rígida, muda de espanto.

Pausadamente, las víboras se enroscaban a sus piernas, subían por su vientre, daban vueltas a sus senos... Hasta que se sintió toda ella envuelta en una masa gelatinosa y fría.

Veíalas levantar la cabeza y quedarse fijas, mirando sus ojos espantados. Sus cuerpos se hinchaban y escurrian bajo el de ella, dandóle la impresión de que resbalaban en un limo. Era una mezcla extraña de placer y espanto: a veces, las pieles de los reptiles parecían de seda o terciopelo; otras, era una ciénaga inmunda, un nido de alimañas.

Clara Matei creía morir a cada instante; hubiese deseado gritar, revolverse contra aquellos animales, pero un espíritu de conservación la hacía permanecer con la inmovilidad de una muerta. Un solo movimiento y aquellos dientes pequeñitos, aquellas lenguas rojas y afiladas, se hubiesen clavado en su carne.

Parecía que aquellos animales se movían con un estudiado refinamiento de crueldad, que antes de matarla querían hacerle sufrir todo su horror y, con gran familiaridad se enroscaban a su cuello, corrían a lo largo de sus brazos, le clavaban sus ojillos rojos, incrustados sobre la piel fantástica como dos fascinadores rubíes.

Cuando más envuelta estaba en aquellos collares de muerte, cuando comprendía que era imposible más larga resistencia y que sus nervios estaban a punto de estallar, escuchó llantos y súplicas de la Cairota. Al momento, se abrió la puerta y Clara vió ante ella, como la más horrible máscara, la cara del domador y abrazada a sus pies, suplicante, su hija.

El encantador, recogió las víboras, otras abandonaron ligeramente el cuerpo de Clara y en un segundo, estuvieron todas dentro de la redoma.

Clara Matei lanzó un grito gutural espantoso, como si

despertara de la muerte; saltó del lecho y se vistió ligeramente, todo como en una pesadilla.

Huyendo de aquel sitio, Clara buscó la salida y, al abrir la puerta, se encontró con el norteamericano que pasaba la lento paso de su camello, ante la choza. Corrió hacia él.

El sol, como un disco de hierro candente, parecía rodar sobre la línea del horizonte.

El yanki se asustó al ver la cara desencajada de su amiga y justificó allí su presencia:

—Me dijeron en el hotel que eran peligrosos estos lugares y no quise dejaros sola.

—Oh, gracias, gracias...—pudo apenas tartamudear Clara

—¿Qué os ha pasado?

—Nada. Me asusté por las serpientes. Una tontería...

Nadie supo aquella aventura, que Clara Matei recordaría siempre como un espantoso sueño.

*
* *

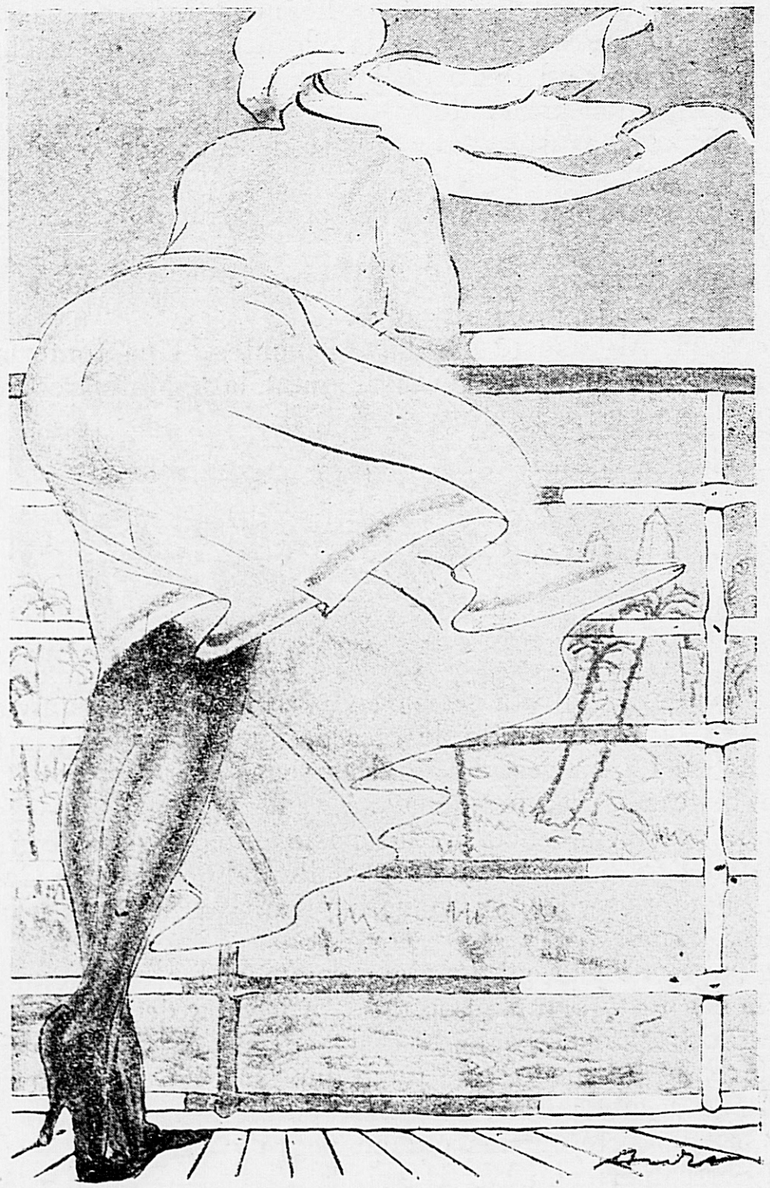
La pequeña Cairota se ha convertido en una sumisa esclava de Clara. Ha huído de casa de su padre y ella la tiene en el hotel. La ha vestido de ricas sedas y joyas, resaltando así la belleza de la indígena.

Con toda la violencia de las pasiones equívocas, con todo el fuego del sol que calcina los arenales del desierto, la Cairota se ha enamorado de una manera primitiva de la extranjera refinada, caprichosa y extravagante.

Le suplica hasta con lágrimas sus caricias, queriendo que su vida sea un prolongamiento de su lección de amor.

Pero otras preocupaciones distraen ya a Clara. El oriente la fascina de tal modo, que teme que su alma sea por él absorbida y decide partir. Además, empieza el invierno y el Cairo se convierte en una ciudad negra y triste.

El norteamericano Mr. Harris le ofrece una villa en Monte-Carlo y una fortuna; Clara, acepta.



Es necesario partir...

Un día, al subir al coche del hotel, camino del embarcadero, la Cairota se abraza a Clara con el gesto desolado.

—Pero... No me llevas...

—No, pequeña ; quédate en tu tierra, yo voy muy lejos.

Un grito de angustia se escapa de los labios de la indígena ; Clara le da un beso al subir al coche, que parte hacia el puerto.

La Cairota corre tras el vehículo, alargando sus brazos, como si quisiera alcanzar lo que irremediablemente se va.

Clara y Mr. Harris hablan de aquella chica, que parece guardar en el azul profundo de sus ojos, el secreto de los misterios de Osiris.

—Es una gente muy fiel—dice Mr. Harris.—Se había usted hecho querer mucho por ella...

—Sí ; es un remordimiento.

—Pero no debemos quedarnos atrás, ni traicionar nuestra voluntad, por un remordimiento, ¿no es eso?

—Así pienso yo.

—Y yo también.

Acaso en aquel diálogo estaba el secreto de su encumbramiento.

Cerca del mediodía partió el vapor que los llevaría hacia la costa azul. Todos los pasajeros estaban sobre cubierta, dispuestos para el viaje, y mientras el vapor hendía las aguas gallardamente, Clara, apoyada sobre la barandilla, veía alejarse la antigua ciudad de califas y mamelucos, cuyo carácter se desvirtúa día por día, con la invasión europea.

Un sol implacable, doraba las cumbres agrias de la cadena líbica y las arenas del desierto se extendían interminables como un mar de ocre.

Y, para matar la tristeza que se iba adueñando de su ser, pensó :

—Es necesario partir...

Mr. Harris, siempre discreto, con la simpatía de los hombres avezados a todo, sonreía a su lado.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

BIBLIOTECA GALANTE

Tenemos en prensa el primer tomo de esta interesante **Biblioteca,** que será resumen de lo mejor que se haya publicado en este género.

La primera obra, será una novela del notable escritor galante **JOAQUIN BELDA** completamente inedita y escrita expresamente para esta **Biblioteca,** con el título de

EL ANTOJO

Las ilustraciones tanto de cubierta como interiores, son debidas a otra firma reconocida: **DEMETRIO** quien ha puesto todo su ingenio y todo su arte en honor de la firma de **BELDA.**

EL ANTOJO

como todas las obras de esta **Biblioteca,** formará un elegantísimo y manuable volumen, que podrá ser llevado facilmente en el bolsillo, para ser leido en viaje, etc., etc.

EL ANTOJO

se pondrá a la venta el **sábado 17 de Agosto,** y sucesivamente irán apareciendo otros volúmenes mensualmente, siendo el segundo un estupendo ALBUM con texto y dibujos de **DEMETRIO,** titulado

PIERNOGRAFIAS

(Piernas de Cocota.—Piernas de mujer honesta.—Los vestidos modernos y las piernas.—Como se dibuja una pantorrilla.)

Advertimos a nuestros corresponsales que los pedidos de esta **Biblioteca,** deben ser EN FIRME, y que deben sernos pasados enseguida, pues debido a la anormalidad del coste del papel, haremos únicamente el tiraje de los ejemplares que se nos hayan pedido.

PRECIO DE VENTA: 60 céntimos A los Corresponsales, descuento de costumbre.

En el próximo número

¡TABLEAU!

novelita inédita de **FIDEL PRADO**

con ilustraciones de **DEMETRIO**

Linotipia.—Provenza,304